

## INTRODUCCIÓN

Constituye un hecho que no requeriría ser puntualizado, pues es axiomático, que el negro, a pesar de no haber venido al Nuevo Mundo en viaje de turismo o de placer, sino que fue arrancado de sus tierras nativas por el puño de hierro de la esclavitud, trajo a los distintos países americanos en que sentó forzosamente sus reales un valioso semillero de cantos, de danzas y de miembros organográficos. Por otra parte, brindó factores y elementos musicales que sumaron sus caudalosas aguas al gran océano del arte sonoro americano.

Desde luego que hay naciones americanas en las ~~que~~<sup>cuales</sup>, a pesar de que se ha insistido en forma arbitraria en la ausencia absoluta de africanismos, los patrones culturales del hombre africano y de sus descendientes no se han borrado por completo, ni muchísimo menos. Y en la música, y en particular en su faz rítmica, es donde estos trazos palpitan con mayor fuerza e intensidad. En ciertas especies musicales de Bolivia, de Chile y de la Argentina sobreviven inconfundibles "maneras negras" de tañer los instrumentos musicales, y aun subsisten ritmos afroamericanos. Es que, cuando entró en contacto la música de los descendientes del África con el arte sonoro autóctono de América, los amerindios sufrieron considerablemente la influencia del continente explorado por David Livingstone. En consecuencia, no sólo aceptaron la marimba o balafón africano, sino que percutieron sus tambores de acuerdo con la escuela organográfica oriunda del África.

Refiere el antropólogo y polígrafo cubano Fernando Ortiz, que los aymaras de Yuga, poseen un tipo de tambor, el tundiki, que, según ellos mismos, lo adoptaron de los afroamericanos, y lo empleaban para ritmar una danza para cuya realización se pintaban el rostro de negro. Y el erudito organólogo Karl Izikowitz, afirma que los indoamericanos tomaron ciertas ideas de los instrumentos musicales africanos, como la ligadura del parche del tambor al borde de la caja o cuerpo del instrumento.

En el Río de la Plata, la influencia del hijo de África es mucho menor que en países como los Estados Unidos, el Brasil, Cuba o Haití. Pero existió y existe, aunque hay quienes intentan negarla sistemáticamente sobre la base de argumentos por demás endebles y nada

científicos, fundados, la mayor parte de las veces, en el grado de simpatía o aversión que experimenten hacia el sector afroide de nuestra etnografía.

Se cultivaron en ambas márgenes del caudaloso río danzas africanas como la calenda y la bamboula o bambula y la chika, y se realizaron ceremonias como la del candombe, así como se oyeron los ecos de tambores y tamboriles, de mazacayas y marimbas, de hueseras y tacuaras. Y en la hora actual, la fuerte vivencia folclórica de los tamboriles y tambores afro-uruguayos constituye un hecho incontrovertible de que el hombre de estirpe africana mantiene firme algunas de sus tradiciones culturales importadas hace tres siglos del inmenso continente de donde provino.

Así, pues, si dirigimos nuestra mirada hacia el mapa de nuestro país, nos daremos con que danzas y canciones como el malambo —nombre de origen africano— y la milonga —voz de idéntica procedencia—, se observan características acerca de cuya africanía resulta ocioso discutir. Ye en la chacarera y en el gato, la polirritmia africana —es decir, la marcha paralela o simultánea de dos o más ritmos distintos— asoma su inconfundible perfil para recordarnos que el afroargentino no dejó de gravitar culturalmente en la Argentina. pues en ambas especies musicales es frecuente la ejecución sincrónica de compases binarios y ternarios.

por otro lado, vieja costumbre de los tañedores de bombo criollo es la de percutir su instrumento alternativamente en el parche y en los aros. con esta práctica no hacen sino perpetuar en forma inconsciente una antigua tradición organográfica nacida en el África occidental, en el antiguo Congo y en Angola, y recogida también por el jazz y por otras músicas de origen o inspiración africanos. Y en los ritmos y en los polirritmos de los tambores y tamboriles afro-uruguayos, que todavía palpitan con fuerza insólita durante las fiestas de Reyes, de Navidad y del carnaval —que hemos tenido la oportunidad de estudiar detenidamente sobre el terreno—, el África remota deja oír su penetrante, enigmática, sincopada y persuasiva voz.